

LITERATURA

Perfiles del tiempo,
novela de Miguel
Méndez Rueda

Francisco Proaño Arandi¹

¹ Embajador de carrera del Servicio Exterior ecuatoriano (sp) y escritor.

Históricamente, se considera a la novela un género literario propio de la modernidad. Sin embargo, ya en la Antigüedad y conforme iban transformándose los gustos del público, el mundo greco-latino pudo contemplar la aparición de algunos textos novelísticos, historias y fábulas que seguirían siendo objeto de interés a lo largo de la Edad Media. Antes, en los tiempos primigenios de las diversas culturas, los géneros más cultivados fueron la lírica, la épica y el teatro, como sucedió particularmente en Grecia. En todo caso, casi todos esos géneros tenían una génesis común: la sempiterna necesidad humana de contar, de narrar, de fijar en la memoria de las sucesivas generaciones los hechos, desde aquellos que marcan el devenir de la Historia con mayúsculas, hasta los acontecimientos de la cotidianidad de los seres humanos, unos y otros como testimonios indelebles de la aventura del hombre sobre la tierra.

Una primera impresión que surge de la lectura de esta novela de Miguel Méndez Rueda, titulada acertada y poéticamente *Perfiles del tiempo*, es la de constatar el encuentro coincidente de las tres instancias:

historia, cotidianidad y memoria. Por un lado, aquel atributo tan inherente a lo humano que constituye la posibilidad y la urgencia de narrar y transmitir la realidad de unos acontecimientos a quienes nos sucederán en el tiempo. Por otro, concomitante, la reflexión necesaria en torno a las coordenadas esenciales de la época de la que somos inevitables testigos, puesto que en ella vivimos y somos lo que somos. Y, finalmente, como corolario de esto último, la facultad de dejar a la mirada de las generaciones sobrevivientes una visión de la intimidad que nos identifica: ya lo dijimos, el sentido que alcanza en el tiempo nuestro diario vivir, la manera de relacionarnos, de amar u odiar; la forma con que nuestro tiempo nos ha modelado, casi sin darnos cuenta.

Miguel Méndez, diplomático de carrera que ha recorrido el mundo, contador de historias y testigo de su época, teje sutilmente en este libro esos tres andariveles de la realidad y de la estructura novelesca. La casualidad de encontrarse el personaje narrador con una entrañable amiga de la infancia en la gran urbe neoyorquina, sede de las Naciones Unidas, da pábulo para la reflexión sobre

el organismo mundial y los grandes temas que siguen preocupando a la humanidad contemporánea. Es decir, la Historia con mayúsculas. Frente a esta o, mejor dicho, enmarcada, inmersa en aquella, una serie de casualidades nos lleva a conocer, poco a poco, los secretos, sublimidades y miserias de unos cuantos seres humanos, entre ellos, los protagonistas. El misterio de la vida se revela paulatinamente. Coincidencias, encuentros y desencuentros, aproximaciones y distancias, constituyen al cabo la urdimbre dentro de la cual se descubren, se reconocen, interrelacionan, aparecen y desaparecen los personajes.

El misterio de la vida se revela paulatinamente. Coincidencias, encuentros y desencuentros, aproximaciones y distancias, constituyen al cabo la urdimbre dentro de la cual se descubren, se reconocen, interrelacionan, aparecen y desaparecen los personajes.

El narrador protagonista deviene en el inevitable testigo de todo ello y cumple distintas funciones. Por una parte, escucha, mira, indaga. Por otra, desencadena cambios en la acción y la conducta del personaje coadyuvante; interviene con el propósito de cambiar las visiones equivocadas que, en su criterio, deshumanizan hasta cierto punto las personalidades de quienes, en sucesivos pasajes van apareciendo y relacionándose con él. Pero finalmente, tanto el personaje central, como todos los demás, van urdiendo paulatinamente el tapiz esencial, esto es, el simple transcurrir de la existencia, episodios que

van sucediéndose tal como suelen acaecer en la realidad, memorias que se rescatan, imperceptibles modificaciones que van transformando los comportamientos, las visiones, los puntos de vista.

El autor desplaza los eventos narrándolos como si nada más estuviese copiándolos de la existencia diaria de sus personajes. En ello asume la condición de escritor o escribiente. Pero esa es su argucia. Cambia sutilmente los puntos de vista. A veces, el personaje narrador cuenta las cosas desde la visión de la primera persona. Otras, se convierte en tercera. Aludido, visto en escena, desplazado en la distancia de los hechos. El diálogo entre los principales protagonistas deviene al cabo un juego de espejos, una delicada confrontación de la que ninguno saldrá impune. El escritor oculto que no es otro que el autor, disfrazado a momentos en la personalidad del personaje narrador, ya no es solo el testigo primordial. Finalmente, nos conduce a lo que parece su propósito fundamental: enfrentarnos con la verdad de su tiempo, con los grandes temas que deben obsedernos: un mundo en transformación, la guerra, el racismo, la deshumanización, problemáticas que constituyen el telón de fondo de nuestras existencias y en el que transcurren nuestras vidas, escenario que incide en nosotros y que nos modifica sin que nos demos cuenta en la mayoría de los casos.

Alguna vez el filósofo francés Jean Paul Sartre dijo: “No nos convertimos en lo que somos sino mediante la íntima y radical negación de lo que han hecho de nosotros”. En esta novela de Miguel Méndez, subsiste un objetivo similar. La necesidad de cambiar lo que la existencia en el seno de una sociedad alienante y llena de prejuicios y malentendidos ha hecho de nosotros. La urgencia de confrontar otra verdad a

Alguna vez el filósofo francés Jean Paul Sartre dijo: “No nos convertimos en lo que somos sino mediante la íntima y radical negación de lo que han hecho de nosotros”. En esta novela de Miguel Méndez, subsiste un objetivo similar. La necesidad de cambiar lo que la existencia en el seno de una sociedad alienante y llena de prejuicios y malentendidos ha hecho de nosotros. La urgencia de confrontar otra verdad a la que el entorno histórico nos propone e impone.

la que el entorno histórico nos propone e impone. En el diálogo, los protagonistas van cambiando. Uno de ellos, la amiga del narrador, dejará atrás sus prejuicios, se humanizará. El otro, hablamos del narrador, entenderá los secretos que han marcado el devenir existencial de su interlocutor, más exactamente de su interlocutora: el personaje femenino central de la novela.

Hay otras argucias o trampas estructurales que el autor pone en juego a través de su *alter ego*: el protagonista que relata, testigo y *voyeur* a la par. De pronto, en el torbellino de los acontecimientos, personajes que parecerían haber desaparecido para siempre, evocados apenas en la memoria de uno de los protagonistas, reaparecen y, sin embargo, el narrador solo se limita a constatarlo, a transmitirlo al lector, adquiriendo de pronto una mirada omnisciente, una condición que comparte solo con nosotros, cómplices involuntarios.

También el propio personaje narrador, a pesar de que nos abre de algún modo el interior de su propio ser y nos conduce, como intermediario que es, en la visión

paulatina de los acontecimientos, guarda hasta el final el secreto de su vida, su misterio. No sabemos nada de él en realidad y solo lo descubriremos casi en la última página de la historia.

De alguna manera, el título de la novela nos advierte de todo esto. Siempre me ha parecido que el título forma o debe ser parte de la estructura novelística, a modo de metáfora de la trama y en una línea en la cual se nos dice y no se nos dice todo acerca de lo que acontece entre los personajes. *Perfiles del tiempo* cumple con ese cometido. Alude al tiempo de los protagonistas, al que nos ha tocado vivir, al tiempo abierto e irrefrenable de la Historia.

Es posible también que en ese lapso dedicado a la lectura de *Perfiles del tiempo*, el lector llegue a cambiar algunos de sus propios puntos de vista. A ser otro, en lo que atañe a su actitud frente a la realidad. Quizás allí se cumpla entonces uno de los objetivos secretos de este libro: hacer emerger un poco de aquello que, sin que nos demos cuenta, el mundo ha hecho de nosotros, objeto de la preocupación sartreana a la que hemos aludido y, tal vez, en el mejor o en el peor de los probables supuestos, modificarlo.

Miguel Méndez —algunas de cuyas coordenadas existenciales podemos leer en la solapa del libro— es, a más de profesional distinguido del Servicio Exterior ecuatoriano, viajero y testigo de su tiempo, un hombre preocupado por la condición humana y por las problemáticas que nos atañen a todos. Lo podemos constatar en las páginas de esta novela. Su trabajo diplomático lo ha llevado a vivir en diversos países: Perú, Panamá, Australia y México. Pero por sobre todo ello, es un contador de historias, historias que inciden profundamente en el mejor conocimiento de lo que somos.